

## ELOGIO DE LOS MODISTAS

La Historia de la Gramática ha llamado «modistae» a los gramáticos escandinavos (casi todos del Chersonesus Cimbrica o Dacias —después Dinamarca—) que en la Baja Edad Media escribieron en los monasterios tratados intitulados *De modis significandi*, y que aunque fueron duramente criticados por el gran Erasmo, por la excesiva sutileza de sus distinciones, asentaron las bases teóricas de la Semántica, relacionando el *significatum* de las palabras no en el vínculo aislado palabra-signo, sino en el *consignificatum* o *constructibile*, es decir, en la relación, en el intersigno, en lo que después Saussure llamaría el eje sintagmático de la lengua. Es así que el significado conceptual o denotativo de los vocablos no nos remite a una idea transcendente, singular, eterna e inmóvil, sino que el significado conceptual de un idioma se organiza a base de rasgos contrastantes en relación con los demás términos del léxico. Pues bien, los dos artículos de nuestro maestro Antonio García Trevijano, «Lo denotativo» y «Lo connotativo» (de 22 y 26 de marzo respectivamente) nos han recordado los aires de una especulación de «modista», que en su caso siempre está llena de un fulgor creativo y original. Es evidente —porque se ha dicho, claro— que la Historia «sensu stricto» —es decir, la contemporánea— jamás podrá definir denotativamente un proceso histórico, sino que los significados que de ella emerjan —por objetiva que pretenda ser— han de resultar necesariamente connotativos en cuanto que están condenados a ser perpetuamente inestables por los puntos de vista: varían de acuerdo con la cultura, la sensibilidad y la experiencia personal de cada uno de los individuos. Como acertadamente señala nuestro amigo García Trevijano: «La tarea de definir la Transición consiste, pues, en explicar la connotaciones que implica y la clase de relación que las une». Más aún, desde el punto de vista social otros significados «secundarios», como el estilístico, el afectivo, el reflejo, el conlocativo y el temático, tienen de hecho más fuerza «subyugante» que el significado conceptual, al que a menudo encierran en el calabozo oscuro de un culpable olvido, como Zeus hizo con los Titanes. Ahora bien, una cosa es que el género literario de la Historia transmita un significado connotativo de los procesos históricos estudiados, y otra muy distinta que los principios políticos que desencadenan tales procesos no tengan su significado conceptual propio. Por ejemplo, cuando hablamos de «libertad política», por muchas connotaciones individuales y de grupos sociales que podamos añadirle, existe, sin embargo, un número irreducible de rasgos semánticos que muestran con exactitud lo que se precisa saber para poder distinguir este término político de todos los demás. Y aunque un término como «Democracia política» funciona desde el Imperio Romano como un paraguas lingüístico para muy diversas realidades políticas, algunas incluso políticamente antitéticas, y aunque puede ser arrogancia suponer que nosotros podemos fijar la definición de tal término para siempre, qué duda cabe que al menos su significado conceptual aún nos sir-



ve para señalar lo que, desde luego, no es democracia. Pero, en efecto, cuando la semántica de los principios políticos queda al albur del dirigismo político y su propaganda es ley social que quede vaciada por completo, degradándose aquéllos al nivel de eso que Hayakawa llamó «palabras-grufido» y «palabras-ronroneo». Sólo sirven para insultar o para adular, pero ya no significan nada. Así como cuando se dice «Arzallus es un fascista» (palabra-grufido), y «Aznar es un gran demócrata» (palabra-ronroneo). Por eso pensamos que del mismo modo que los gramáticos y los académicos son vigilantes sobre el uso correcto de la lengua, a fin de que el pensamiento, las cosas y sus relaciones y la comunicación de todo ello tengan una consistencia lógica y no caigan en incoherencias, los pensadores políticos —como Trevijano— deben velar para que el significado de los términos políticos no sea corrompido ni adulterado por el albur de los intereses de cada político. Y creo que esta función social no es menos básica que la de los académicos, pues impide que el pueblo sea objeto de mofa por parte de la clase política.

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

### PORQUE SÍ Y PORQUE ES ASÍ

## EL HARTAZGO DE EUROPA

Las cosas se nos tuercen en la Europa próspera. En apenas unos años, la depresión será, entre nosotros, la primera causa de incapacidad. Estos días, hemos sabido que esa especie de postración mental, emocional y espiritual, nos está pasando factura. Algo más de ciento cuarenta mil millones de pesetas al año. No una calderilla, precisamente. Todo esto me ha recordado algo: en París, con Ernesto Sábato y Matilde, recién llegados de Buenos Aires, escuché al Dalai Lama una propuesta simple y rotunda para hacer frente a esa falta de contento tan occidental. «Aburre un poco de-

cirlo, pero lo que aquí pasa, es que están ustedes demasiado atrapados por tener y aparentar. Si fueran menos envidiosos, si se recogieran más de la buena suerte de los demás, se sentirían mejor». Cuando le dije que eso era muy bien pensante, pero poco práctico, me miró, se echó a reír de esa forma aparatosa, tan suya, y me contestó sin pasión: «Seguro, seguro que sí, pero este hartazgo de ustedes es una puerta abierta a la depresión».

Jesús FONSECA



## INTELECTUALES: BASURA

Intelectuales. Así les denominan. Así se consideran ellos. Bailan al son que el poder les marca. Por el poder son exhibidos como fantásticas criaturas cuyas palabras han de ser oráculo para el pueblo. Oráculo del Señor. Todo está ordenado. La mayoría de las gentes de su país contemplan las trascendentales hazañas de los enjaulados en el gran hermano. Las minorías de las gentes, las que se consideran cultas, beben las palabras de quienes un día sí y otro también pontifican sobre moral, ética, política, costumbres, literatura. Ciertamente es que la mayor parte del tiempo se dedican a hurgar en las mismas heridas: aquellas que conviene mantener abiertas a quienes detentan el poder, cualquier poder, político, o el de la simulación literaria y artística, mercado en que las ideas se exhiben y venden cada mañana. Serían aburridos, perderían eco, dejarían de ser jaleados si por ejemplo, con el mismo empeño que ponen para hablar de determinado tema, estos intelectuales bajaran a las aguas del Estrecho para contar, hora tras hora y mes tras mes, las tragedias de las víctimas del capitalismo. Serían aburridos y no encon-



trarían eco si, como Kafka quería hacer con su vida, se encerrarán en un oscuro sótano al que no llegaran los ruidos del mundo, o tapiaran sus voces para permanecer ajenos a la farsa en que se mueven las logomaquias radiofónicas o las pasarelas de los best-seller y abondar, en soledad y sin eco, en los problemas que desde el alba de la civilización acosan al ser humano con las preguntas que no tienen respuestas. No. Lo importante para ellos es provocar estruendo, descalificar a quienes no comulgan con sus ideas, dictaminar excomuniones, situarse constantemente como punta del iceberg de la manipulación informativa e ideológica impuesta por los señores del aire y los controladores de la palabra. Quien de la grey se aparta es condenado a eso cada vez más difícil de encontrar en cualquier rincón del mundo: el silencio. O son desahuciados, se revuelven las vísceras de su pasado para airear sus debilidades, para hurgar en viejas heridas que cubran con la sangre que provocan las grietas del espejo en que ellos nunca se contemplan. Y si escarban en las heridas de ese pasado, lo hacen no porque en el fondo les importe mucho, sino como excusa para atropellar y escupir sobre la independencia y lucidez crítica que puedan tener precisamente en el presente. Independencia, lucidez: lo que a ellos les falta.

Triste época esta en la que los intelectuales en vez de servir como revulsivo revolucionario, son exhibidos como muñecos de feria en el guiñol de la estupidez y la mediocridad, de la pequeña ambición que es pagada como siempre: con treinta monedas de plata. Cumplirán su papel. Todavía es necesario en las ciudades recoger las basuras para destruirlas o reciclarlas. Y ellos serán al fin los últimos exponentes de lo que un día fue pensamiento, palabra, creación. Porque ya, sobre la infancia del mundo, avanza la poderosa y voraz máquina destructora a cualquier indicio de libertad y de diferencia. Todos unidos hacia el no pensar. Toda la razón al ojo que nos ve y gufa. El fin de la discrepancia es algo tan importante como el fin de las luchas sociales.

En la uniformidad, en el vaciamiento de las ideas, en la planificación de la absoluta incultura prodigio de la nueva era de la navegación sin fronteras ni sonido de voces humanas, tampoco ellos tendrán sitio, también ellos serán, como los disidentes a los que ahora niegan el derecho a la palabra si ésta sirve para discrepar, quienes no desean aparecer en su compañía y prefieren reducirse al ostracismo o acallar su cólera ante la violencia con la que se los persigue —hablamos de violencia en las ideas, en las formas de razonar— serán, insisto, reducidos al silencio, el silencio que ahora preconizan para los otros. Días en que la palabra no servirá ya ni como apoyatura de la imagen ni como acompañamiento de las huecas calaveras que ahora ostentan el poder, a las que, quiéranlo o no, sirven.

Andrés SOREL

